

»de tratar, porque no hay ninguna sobre la cual no me
»sienta fuerte con la ayuda de Dios, para demostrar en
»presencia del Señor de Avully, con pruebas sin réplica,
»que todos los que se separan de la fe romana estan en
»manifiestos errores.» (1)

No hay sorpresa que pueda igualar á la del ministro, obligado, á pesar suyo, á medirse con tan formidable adversario; pero como no tenia medio de eludir la discusion sin dar que hablar al público, tomó el partido de aparentar que aceptaba el reto, manifestando mucha serenidad. Se dirigió á la plaza pública, llamada la plaza de Holard, y allí el ministro (2), usando y abusando del permiso que se le habia dado de escoger las materias, proponia un punto de controversia, le seguia algun tiempo, y luego, cuando se veia á punto de ser confundido, se apresuraba á pasar á otro. «Un instante, replicaba el Santo »poniendo de manifiesto la estratajema, respondió á esto »antes de entablar otra materia;» pero el ministro contestaba. «Uso de mi derecho.» Francisco le instaba igualmente sobre la nueva cuestion, le seguia en todos sus subterfugios, estrechándole de cerca, sin dejarse nunca coger. En fin, despues de haber girado durante tres horas enteras la disputa sobre la unidad de la Iglesia, sobre el Sacramento de la Eucaristía y el sacrificio de la Misa, sobre las buenas obras, el purgatorio, el culto de los santos y algunos otros artículos, el ministro, perseguido hasta en sus últimas trincheras y no encontrando medio de escapar á las razones invencibles de su adversario, interrumpió la conferencia con violenta cólera y un torrente de injurias, dando á Francisco el nombre de sofista, encantador, falso profeta, de seductor de los pueblos ayudado de una elocuencia engañosa; luego se retiró, á pesar de todo lo que le dijo el

(1) Carlos Aug., p. 108.

(2) Dep. de *Francisco de la Plesse* que decia tenerla de Jorge Rolando.—Dep. de la Madre Chaugy, de la H. Jaquelina Corte, presente á disputa, y otros testigos.

Baron de Avully, que tomó la palabra para demostrar públicamente cuánto sentia haber estado tanto tiempo engañado por los ministros del error, y hacer notar cuán mala era su causa, puesto que no sabian responder á buenas razones sino con malas injurias (1). Este brillante triunfo de la religion católica en el centro mismo de la herejía, tuvo un inmenso resultado. Todo el Chablais se conmovió, y vió en su apóstol al atleta invencible de la verdad; varios protestantes se convirtieron; los católicos fueron confirmados en su fe, y bendijeron á Dios por haberles suscitado semejante defensa. Algunos de ellos sin embargo se permitieron algunas criticas sobre esta conferencia: hubieran querido que el Prepósito no se dejase llenar de injurias sin contestar á ellas; y encontraron que su paciencia en los ultrajes de la Faye era escesiva, y su moderacion vituperable. «¿No nos ha enseñado Nuestro Señor, les contestó amablemente, la verdadera doctrina? Y no debo yo »siempre tomar por modelo el admirable y prudentísimo »método de la soberana sabiduría de mi Maestro, que no »puede engañarse? Nunca he dado contestaciones acaloradas, ni he empleado palabras contrarias á la dulzura sin »que me haya arrepentido de ello. Los hombres se dejan »guiar mas por el amor que por el rigor; no solamente debemos ser buenos, sino muy buenos.» (2)

Cuantos mas pecadores ganaba la admirable dulzura de Francisco, mas tambien los malos obstinados se irritaban contra él; le llenaban de dictados injuriosos cuando iba por la calle, á los que el apóstol no contestaba sino quitándose el sombrero, y saludando con un aire afable á los que le insultaban. Por entonces llegó á Thonon un protestante que, jactándose de su impiedad, se vanagloriaba de haber matado, en el Lagedoc y en el Delfinado, mas sacerdotes que ha habido nunca, decia, en el gran jubileo de Roma. Este lenguaje inspiró á los herejes el pensamiento

(1) Carlos Aug., p. 109.—De Cambis, p. 194 y 195.

(2) De Cambis, t. I, p. 195.

de aprovecharse de la presencia de un hombre que habia hecho tan bien sus pruebas, para desembarazarse de una vez de un adversario que amenazaba al calvinismo con una ruina próxima en el Chablais. Le propusieron que asesinará á Francisco, y bien pronto el convenio quedó concluido. El extranjero dió su palabra de que á las dos de la tarde el Preposito no existiria ya, con la condicion de que le entregarian treinta escudos y un buen caballo para huir despues de haber dado el golpe. Los treinta escudos son al punto contados; se le trae el caballo, finge ir á colocarlo en un lugar seguro, á las puertas de la ciudad, para encontrarlo á mano en el tiempo oportuno; y llegado allí, seguro de que nadie le observa monta en él, le pica las espuelas y desaparece, dejando al apóstol sano y salvo y á sus enemigos en expectativa, sin que ellos hayan sabido nunca despues lo que habia ocurrido. En medio de tantos ultrajes, el Preposito conservaba siempre su misma dulzura en palabras y conducta, recomendándola á sus neófitos. «Suframos con paciencia, les decia, Dios nos protegerá; esperemos en sus misericordias. El Señor que ve el fondo de nuestros corazones será nuestro apoyo.» Tanta mansedumbre excitaba la admiracion universal, y el senador Favre, al dedicarle en este tiempo el duodécimo libro de sus *Conjeturas sobre el Derecho*, no fué mas que el eco de la opinion pública, el órgano, no de la lisonja sino de la verdad, dirigiéndole en la Epistola dedicatoria estos magníficos elogios: «Desde que vuestra benevolencia me permite el acceso al santuario mas íntimo de vuestra amistad, le dice (1), hé visto mas claro que el dia cuánto mereceis ser amado por aquellos mismos á quienes no une con vos ningun lazo. ¿Y quien será tan falto de sentido que no admire, honre y estime las bellas cualidades por las cuales, tan jóven aún, habeis adquirido tanta gloria? No hablo solo de vuestra erudicion y elocuencia, frutos de un talento fecundo y cultivado; hay en vos

(1) Carta, XVII.

»otra cosa que se debe preferir, y es vuestra prudencia, vuestra moderacion, la igualdad de vuestro carácter, y todas esas virtudes de un alma bien nacida, alguna de las cuales se encuentra rara vez en un hombre en el alto grado en que se encuentran todas reunidas en vos, de modo que ninguna calumnia puede oscurecerlas, y que solo pueden dejar de amarlas ó respetarlas, los que son bastante mal nacidos para creer que es una virtud aborrecer la virtud misma.

»En cuanto á mí, añade, creeré haberlo ganado todo si mi libro pasa á la posteridad como un pequeño monumento de nuestra estrecha union, para hacer conocer á todos que nadie jamás ha amado y estimado tanto vuestra amistad como yo.» (1)

Entretanto el Duque de Saboya no tardó en ser informado del movimiento religioso que empezaba hacerse sentir en el Chablais, y, celoso por emplear su poder en tan grande obra, hizo preguntar á Francisco por el Baron de Avully, qué es lo que podria hacer para secundar tan felices principios. El santo apóstol le contestó al punto con una carta en que se revelaba esa sabiduría y prudencia que le eran como naturales (2). Primero, como la religion no podia ni propagarse ni sostenerse sino por el ministerio de los sacerdotes, y en el Chablais ¡no tenian ni casa que habitar ni medios de subsistir, pidió al Duque aplicase para mantener á los predicadores católicos las pensiones que se pagaban, antes de la guerra, á mas de veinte ministros hugonotes. «De otro modo, dice, en tanto que no haya rentas seguras para el sacerdote, los pueblos no creerán que V. A. toma interés en nuestra mision, y el bien comenzado perecerá, por falta de obreros para sostenerlo y estenderlo.»

En segundo lugar, como no bastaba que hubiera sacerdotes esparcidos por el país, sino que era necesario

(1) Carta XVII.

(2) Carlos Aug., p. 110.

que permanecieran en los centros de las poblaciones, para celebrar los Oficios y hacer las predicaciones regulares, pidió se mandará levantar ó reparar, en ciertos lugares en que se creyera conveniente, las iglesias arruinadas, estableciendo en ellas parroquias con curas para desempeñarlas, y se proveyese á los gastos necesarios para el adorno del lugar santo, para la majestad del culto divino, la pompa de los santos oficios, y hasta para el establecimiento de los órganos, ó de otros instrumentos equivalentes, con el fin de atraer el pueblo á las iglesias.

En tercer lugar, previendo que las prevenciones ó la indiferencia alejarían todavía á algunos, rogó al Duque de Saboya dirigiera á los habitantes del Chablais un manifiesto, en el cual invitara con la autoridad de príncipe y la caridad de padre, á oír las pruebas sobre la necesidad de entrar en la Iglesia romana, de la que sus padres habían sido arrancados por la violencia de los Berneses, pero no por la convicción. Por último, le instó á que enviara á Thonon un senador, que hiciera reunir el consejo general de vecinos para notificarles la misma invitación, y le designó al senador Favre como muy á propósito para esta negociación.

Hizo en seguida saber al Príncipe que fundaba una gran esperanza en los ejemplos y exhortaciones del Barón de Avully, pero que aún otras medidas le parecían enteramente necesarias. La primera sería que el Príncipe creara una compañía de infantería ó de caballería con la juventud, que se perdía en la ociosidad, para sujetarla al orden y á la obediencia por medio de la disciplina militar, para oponerla, en caso de necesidad, á las invasiones siempre amenazadoras de los herejes, y en fin, para hacerlos instruir en la religión católica, la que podrían, al salir del servicio, estender en sus familias y sus pueblos. Otra medida sería hacer revivir los antiguos edictos que excluían de los cargos á todos los herejes, volviendo así á los católicos los puestos de que aquellos los habían despojado; en fin aconsejó el establecimiento en Thonon de un

colegio de Jesuitas, cuya feliz influencia se haría sentir en todo el país; y terminó con estas bellas palabras: «Me resta aún dar gracias á Dios con todo mi corazón porque ofrece á V. A. tan oportunas ocasiones de hacer á su Divina Majestad importantes servicios, para los cuales os ha hecho nacer príncipe y dueño de los pueblos. Sin duda hay aquí muchos gastos que hacer, pero el supremo grado de la limosna cristiana, es procurar la salvación de las almas.»

Quizás estrañará á alguno que Francisco de Sales, aquel hombre tan dulce, quisiera alejar de todos los cargos públicos á los herejes obstinados; pero en esto no hacía más que reclamar la aplicación de la ley admitida hasta entonces, desde tiempo inmemorial, en todas las naciones de Europa, la cual excluía á los herejes de los cargos públicos, como lo ha demostrado bien el sábio autor del *Poder temporal de los Papas en la Edad Media* (1); pero aun cuando no hubiera sido este el derecho público de la época, bastaría para comprender la razón de esta medida, recordar lo que ya hemos visto, y es que estos magistrados dejaban perseguir, ó quizás perseguían ellos mismos á los recién convertidos hasta obligarlos á espatriarse, é ir á pedir un refugio en el castillo de Sales. Lejos de secundar al Prepósito, le contrariaban de todos modos en su empresa, aunque sabían que estaba emprendida bajo la autoridad expresa del príncipe. El Barón de Hermance era casi el único que le apoyaba sinceramente con todo su poder, y tomaba con empeño el éxito de la misión; pero por entonces, el santo apóstol tuvo que pasar por el dolor de perder este precioso apoyo, dándosele por sucesor á Pedro Jerónimo Lambert, oficial de mérito pero que, poco amado en el país, no tenía influencia sobre el espíritu de los habitantes.

Mientras que el hombre de Dios veía así su apostolado destituido de todo los apoyos humanos y la herejía auto-

(1) Pag. 428, 431, et alibi passim.

rizada por los magistrados, tenia además contra él el prestigio de un gran nombre.

Teodoro de Beza, oráculo del calvinismo, ejercía desde el centro de Ginebra sobre el espíritu de las poblaciones una acción funesta, aunque mucho menor, es cierto, que cuando iba lleno de fuerza y de vigor á atacar de frente la fe católica en el coloquio del Poissy; á disputar en Montbeliard en conferencia pública con Jacobo Andrés, teólogo de Tubinge; á presidir los sínodos de la Rochela, de Nimes y de Berna; á predicar en París en casa del Príncipe de Condé; á volar, en fin, por todas partes donde veía podía hacer mal al catolicismo. Tenia entonces setenta y siete años, y la imposibilidad de obrar á que le reducía esta avanzada edad, le impedía perjudicarle tanto como lo habia hecho antes; sin embargo, el prestigio de su nombre y de su talento quedaba siempre como una apología del calvinismo y una objeción contra la fe romana. Ya el Soberano Pontífice, que desde lo alto de su cátedra tenia fijos los ojos sobre la Iglesia universal y abarcaba los intereses de todos, se habia sabiamente apercibido de ello, y movido por la desgracia de un anciano próximo á dar cuenta á Dios del abuso de sus talentos, y mas aun del gran bien que produciría su vuelta á la verdadera fe, se habia preocupado seriamente del proyecto de su conversión, pero sin ocultársele la dificultad de la empresa; porque se trataba de triunfar de un hombre que, embriagado con su talento y lleno de sí mismo, se creía superior á todos, y no reconocía otra autoridad mas que la suya: se trataba de reducir un espíritu fecundo en recursos, hábil y sutil, pero con esa falsa sutileza que sabe enmarañar las verdades mas claras, encontrar subterfugios para las mas sólidas objeciones, y escaparse siempre estraviándose en un laberinto interminable de cuestiones oscuras; se trataba en fin de hacer decir «me he engañado,» á un sábio tanto mas obstinado en su propio sentido, cuanto que tenia la conciencia de su erudición tan estensa como metódica y reflexiva, á un jefe de partido que unia á su

alta posición, el atractivo del mando y de la independencia (1). Para medirse ventajosamente con semejante adversario, era necesario un atleta de una fuerza poco comun. Clemente VII le estaba buscando cuando habiendo ido á Roma, el Padre capuchino, *Esprit de Baume*, le designó al apóstol del Chablais como el hombre mas á propósito por su ciencia, su dulzura y su prudencia para llevar á cabo este gran negocio. El Soberano Pontífice acogió esta indicación como venida del cielo; y en su consecuencia, despues de haber concertado con el padre *Esprit* los medios que se podian proponer y el método que se debia observar, le envió á Thonon, portador de un breve para Francisco de Sales, con órden de esponerle de viva voz las intenciones de la Santa Sede sobre este asunto. «Hemos sido colmado de gozo, decia el Papa en su carta (2), al saber por el padre *Esprit* los grandes bienes que han obrado vuestra piedad y celo en el Chablais. Este religioso os comunicará de nuestra parte cierto proyecto que tiene relacion con la gloria de Dios, y que deseamos de todo corazón poder realizar. Dareis tanta fe á sus palabras como si salieran de nuestra boca, y os consagrareis

(1) Teodoro Beza, nacido en Vecelai, en el *Vivernais*, en 1519, tomó en Orleans, donde hizo sus estudios, el gusto por los nuevos errores al mismo tiempo que á las bellas letras. Conocia á fondo los autores griegos y latinos, traducía muy bien los versos, y despues de haber recibido el grado de licenciado fué á París, donde se hizo notar por el atractivo de su figura, la penetración de su talento, agradable y natural, vivo y alegre, las maneras graciosas y su conversacion llena de encantos. En 1548 hizo imprimir bajo el título de *Juvenilia*, poesías que contienen versos libres y poco castos. Poco despues se casó con la hija de un sastre de París; la pérdida de un pleito le hizo huir á Ginebra, donde se ganó la voluntad de Calvino con sus lisonjas escesivas, é hizo abiertamente profesion de las nuevas doctrinas. Habiendo muerto Calvino, se colocó á la cabeza de la secta y abrazó calorosamente la causa, animando desde Ginebra á sus discípulos estendidos por la Europa. Veremos en el trascurso de esta historia que conoció antes de su muerte la verdad de la religion católica, pero que las consideraciones humanas le impidieron abrazarla. Para vindicar á Calvino, que habia hecho quemar á Servet, hizo imprimir un *Tratado* en latin, *Del derecho que tienen los magistrados de castigar á los herejes*. Es autor de otras diversas obras en verso y en prosa.

(2) Carta XIX.—Carlos Aug., p. 115.